

ESTRATEGIA DE LA MENTIRA

Existe un consenso generalizado entre las gentes bienpensantes en relación con la idea de que el PP se está suicidando al mantener, directamente y/o a través de medios afines, la teoría de la conspiración. Y eso un servidor no lo ve tan claro.

Veamos por qué: en las pasadas elecciones, en plena resaca por la guerra de Iraq, con manifestaciones masivas contra la guerra en numerosas ciudades, y poquísimos días después del criminal atentado de Atocha, leído éste entonces por tirios y troyanos como una venganza por la foto de las Azores (sino, de qué iba el PP a tratar de cargarle el mochuelo a ETA), el PP obtuvo en las urnas la nada despreciable cantidad de 9.763.144 votos. Insuficientes frente a los 11.026.163 votos del PSOE, ciertamente, pero que constituyen un suelo muy alto y una lealtad inquebrantable. Esos votos del PP, obtenidos en condiciones muy difíciles, atestiguan que sus seguidores están dispuestos a tragar, de buen grado o rechinando los dientes, con casi todo. Son votos fidelísimos, acrílicos, firmes columnas que soportan el edificio pepero contra todo viento y marea.

En cambio, el voto al PSOE es mucho más volátil, y depende en buena medida de la participación, que en el 2004 alcanzó la inesperada e importante cifra del 75%.

Es decir, la guerra de Iraq y el atentado del 11-M sacaron de sus casas a numerosos abstencionistas, y entre éstos y el voto útil de izquierda (un voto útil que ha dejado a IU en la irrelevancia política), el PSOE superó claramente al PP.

La pregunta es: ¿puede repetirse una situación semejante? Mi impresión es que no. Porque la política del PP, sumada a errores propios cometidos por el PSOE, empuja, deliberadamente, a los ciudadanos a la abstención.

En efecto, hoy hay muchos ciudadanos irritados. Están irritados en Barcelona porque lo del apagón, y lo de cercanías y el AVE superan lo imaginable, pero también porque muchos no han superado el hartazgo del Estatut, y otros muchos lo consideran insuficiente, y otros tantos muchos rechazan que el Constitucional pueda modificarlo. Pero en Madrid hay otros tantos irritados porque creen que el Estatut abrió las puertas a un proceso de descomposición, porque a Cataluña se le da todo lo que pide, porque Zapatero ha fracasado en el proceso de paz o porque Zapatero ha iniciado ese mismo proceso, y porque quién sabe quién está detrás del 11-M, y porque todavía no han metido a Ibarretxe en la cárcel, y vaya usted a saber qué más. Y en Euskadi andan cabreados por las últimas decisiones judiciales, y la justicia ya dijo aquél que era un cachondeo, y en Baleares se les inunda el metro (y pudiera ser que para siempre), y el cambio climático pilla en bolas a las administraciones que han permitido construir a destajo y se inundan pueblos andaluces. Y la guerra del fútbol, y el 3%, y la corrupción en tantos ayuntamientos, y Marbella, y Zapatero que no pone lo que hay que poner encima de la mesa y entra al trazo del PP a golpe de vídeo, a ver quién es más mentiroso. Y suben las hipotecas, y geoméricamente suben los precios.

Y la gente tiene claro quiénes son los responsables de este fangal: todos. Y se cabrea.

Y el cabreo conduce directamente a la abstención. Y si hay abstención, es probable que afecte en mucho a PSOE, IU y nacionalistas, pero mucho menos al PP, cuyos votos son sólidos como rocas.

De modo que no es mala estrategia esta de insistir en la mentira, en discutir idioteces, largar acusaciones sin fundamento, dejar caer insinuaciones de todo tipo, injurias cuando haga falta, insultos radiofónicos a destajo. Todo eso desincentiva, desanima, provoca asco, cansancio, la sensación de que todos practican un juego soez, que a los políticos lo que les importa es lo suyo y que se acuerdan de los ciudadanos y sus problemas sólo cuando truena. Y en ese fangal, los políticos más decentes tienen todas las de perder.

Así que ojo al PP, que a lo mejor, soltando mentira tras mentira, acaba ganando.

Miguel Riera Montesinos